



Relatos de la “Strat al-thāhir Baibars”



VII – Paladín de doncellas 10 – La toma de Yaffa

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 5

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



10 – La toma de Yaffa

“De cómo los dos ejércitos se enzarzan en un duelo de campeones en el campo de justas, junto a las murallas de Yaffa, y cómo Kafir desafía a los emires de EL-‘Adel Baïbars, infligiéndoles una gran derrota, hasta que...”



Días más tarde, mientras Godofredo presidía su Consejo, los patricios que vigilaban, apostados en las murallas, irrumpieron en la sala.

- ¡Nuestro *babb* –informaron–, hace un momento, una columna de polvo se elevaba en el horizonte, y cuando se ha disipado, hemos visto que se trataba de El-‘Adel Baïbars y del ejército de Egipto que se nos viene encima!

- Disparad una salva¹ de advertencia –ordenó el *babb*– ¡No hay que dejarles que se acerquen a las murallas!

Los soldados volvieron a las murallas y abrieron fuego contra el ejército musulmán, que se batió en retirada y fue a plantar su campamento fuera del alcance de los cañones.

- Muy bien, *abbone*, El-‘Adel Baïbars está a nuestras puertas: así que dime, ahora, ¿cuál es tu plan? –preguntó Godofredo al fraile Yauán.

- *Figlione*, eso será su desgracia: no nos va a molestar por mucho tiempo. ¡Eh, Kafir! –continuó–, ¿Todavía estás dispuesto a cumplir tu promesa?

- ¡Por supuesto, *abbone*: te aseguro que le voy a matar y a liquidar a todos sus hombres en el campo de batalla! ¡Y si fracaso, que me excomulguen de la religión de los *Cristiani*!

Dicho esto, Kafir se fue a recoger sus armas y preparar el equipo.

En cuanto a El-‘Adel Baïbars, pues se quedó en su campamento los tres primeros días, según la costumbre; al cuarto día, redactó una misiva a la atención de Godofredo, y pidió un voluntario para llevarla a su destino y traerle la respuesta. Viendo que los emires no manifestaban ningún entusiasmo, Hasan El-Horâni se levantó y dijo así:

- ¡Está bien, ya que aquí nadie da un paso al frente, *dawlatli*, seré yo mismo que

¹ “Disparar una salva” es una incongruencia del narrador, pues en la época del Baïbars histórico no existían aún cañones. El narrador, aquí, traslada esas medidas a la época de dominación otomana.

llevaremos¹ ese mensajito! ¡Además, será un gran honor te dar ese servicio!

Y fue decir esto y salir como una exhalación a vestirse su cota de mallas, y armarse hasta los dientes, dirigiéndose hacia las murallas de la ciudad.

- ¡Ah de la guardia! ¡Mensajero y emisario! —gritó con voz de trueno, agitando el brazo con la misiva.

Y los centinelas fueron rápidamente a avisar a Godofredo:

- Nuestro *babb*, acaba de llegar un mensajero de los musulmanes. ¡Un tremendo gigante! ¡Con una enorme cabeza, brazos gordos como mis pantorrillas, y una voz que se diría la de un camello en celo!

- Ese *ghandar*, seguro que es un bandido de las montañas —intervino Yauán— que había oído hablar de las andanzas del Caballero sin Nombre. No puedo soportar a esa gente: dile que nos pase la misiva, pero no le traigáis aquí, que no queremos contemplar su cabeza de rata.

Los patricios regresaron pues a las murallas, hicieron bajar una cuerda y llamaron al capitán Hasan:

- ¡Eh, *ghandar*, sujetá la carta al extremo de la cuerda!

- ¡De acuerdo! —dijo éste poniéndose a ello.

Y cuando tuvieron la misiva en su poder, se fueron a llevarla a Godofredo, que la leyó inmediatamente:

“Del rey El-‘Adel a Godofredo,

‘¿Se puede saber qué mosca te ha picado, perro Franco, concediendo protección a Frenhîch? ¡Si quieres salvar el pellejo, ya puedes ir entregándomelo, junto con Yauán y su fámulo, y además, me habrás de pagar los gastos de esta campaña! y si no, ¡sal a pelear!’”

Godofredo redactó en el acto la respuesta, que se ceñía únicamente a estas palabras:

“Pues a la guerra iremos”.

El sultán rasgó la misiva con desdén; luego, todo el mundo se fue a acostar. A la mañana siguiente, se abrieron las puertas de la ciudad, y los franceses descendieron al llano. Los dos ejércitos se colocaron frente a frente, dispuestos a la batalla; luego, un patrón avanzó e hizo galopar y caracolear a su caballo, desafiando a los campeones adversarios a un combate singular. Uno de los emires de la guardia de El-‘Adel Baïbars se adelantó y fue a su encuentro, matándole en el acto. Se presentó un segundo francés, al que le hizo morder el polvo. Al tercero, lo liquidó; al cuarto, lo barrió; al quinto lo

¹ El lenguaje de los ismailíes en este relato es muy peculiar, pues a veces conjugan mal los verbos y utilizan una construcción gramatical algo disparatada.

hizo prisionero, y al sexto, lo dejó fuera de combate. En fin, que el valeroso emir se pasó el día matando a unos, y capturando a otros, lanzando sus desafíos y retando a los frances, hasta que los tambores dieron la orden de retirada y, caracoleando fieramente, al son de la fanfarria, el emir se fue a recibir las felicitaciones del rey, que le concedió un caftán de honor.

A la mañana siguiente, otro emir bajó al campo de justas y alcanzó aún mayores éxitos y gloria; así continuó la cosa durante quince días. Al final, no quedaba un solo franco que se atreviera a cruzar su lanza con los campeones musulmanes. Los reyes coaligados fueron a quejarse a Yauán.

- *Abbone* —le dijeron— ¡en verdad que tú deberías estar ahora mismo rezando unas buenas plegarias por nosotros!

- Pero, ¿qué ha pasado con Kafîr hijo de Mattâ? —se extrañó el fraile maldito— ¿Por qué no ha salido aún a combatir?

- Ve tú mismo a pedírselo —le sugirieron.

Esa misma tarde, Yauán se reunió en privado con el malvado Kafîr, en torno a unas buenas botellas de vino.

- Vamos a ver, *figlione*: hasta el momento no se puede decir que hayas brillado en el combate.

- ¡Eh, *abbone*, entre nosotros, no escasean los guerreros!

- Desde luego, *figlione*, desde luego; pero no hay ni uno que te llegue a la suela del zapato. Sólo tú puedes asegurarnos la victoria.

- O sea que —respondió Kafîr—, ¿el ejército de los frances no puede acabar con los musulmanes?

- Pues eso parece.

- ¡Muy bien, mañana, no te vas a creer lo que vas a ver, *abbone*! —repuso el bandido con aires de suficiencia— ¡Si hubiera bajado desde el primer día, no se habría podido comprobar que yo era el mejor!

De modo que, al día siguiente, se colocó su armadura, y revestido con su cota de malla, acorazado de hierro, y armado de pies a cabeza, semejaba una roca desgajada de una montaña, o el castigo divino cuando cae sobre los infieles. Le trajeron su caballo, montó en la silla y avanzó entre los dos ejércitos, desafiando a los campeones del ejército enemigo. Entonces, se presentó un primer emir, al que mató. Un segundo emir, al que hizo prisionero, y así continuó a lo largo del día: ante él, los emires duraban menos que un puñado de gorriones entre las garras de un gavilán. Por la tarde, cuando los tambores tocaron a retirada, Godofredo le acogió con entusiasmo, le besó en la frente y le concedió el título de Sable de Cristo.

Al día siguiente, todo se desarrolló de la misma forma. Al otro día, más de lo mismo. En fin, que Kafîr controló el campo de justas durante diecisiete días, a lo largo de los cuales, capturó a más de ochenta emires; hecho éste que a los musulmanes comenzó a inquietarles muy seriamente. En cuanto al rey, dado que su herida aún no estaba cerrada del todo, se veía obligado a quedarse apartado de los combates.

Un día, cuando Kafîr descendió al campo de justas, no encontró a nadie que respondiera a su desafío. Pero, en ese momento, una gran columna de humo se elevó en el horizonte: eran los ismailíes que llegaban como refuerzo, al mando de Fajr El-Dîn Yîsr*, montado sobre un hermoso caballo árabe, y blandiendo su larga lanza en la mano. Al ver a Kafîr, que andaba pavoneándose en el centro del llano, cargó sobre él a toda velocidad: los dos guerreros se encontraron en un terrible choque.

- ¡Eh, despacito, muchacho! –exclamó Kafîr.

- ¡Largo de aquí, miserable! –respondió el otro.

Y después de lanzarse multitud de injurias, se aprestaron al combate con el sable en mano; tras unos cuantos asaltos, cada cual se encontró en disposición de dar el golpe fatal al otro. Kafîr fue el primero en golpear; Fajr El-Dîn recibió el golpe sobre su escudo, pero el arma, dejando tras sí una estela de centellas, prosiguió su trayectoria, infligiéndole una profunda herida en el muslo. Al ver esto, los *fidauis*, creyendo que Fajr El-Dîn había sido herido de muerte, se avalanzaron sobre las líneas de los frances, rugiendo de cólera; Yauán, a su vez, se precipitó sobre el *shinyâr* y lo agitó frenéticamente, gritando:

- ¡Dale!

Y desde ese momento, se enzarzaron en cruel batalla; valiente contra valiente; caballero contra caballero; los campeones se enfrentaban a los campeones, tajando y dando estocadas, el alma plena de oscuros terrores. El afilado sable y la aguda lanza hacían su mortal trabajo, cortando y perforando las carnes sin defensa; las llamas de la guerra rugían, devorando guerreros, y, entre los regueros de sangre, parecía vislumbrarse el espectro de la muerte...

Y de pronto, los frances comenzaron a decaer y se retiraron en desorden, pisándoles los talones los guerreros del Profeta elegido, que les persiguieron hasta las mismas murallas de la ciudad, antes de volver a su campamento, recogiendo por el camino los caballos y armas abandonados. El rey El-‘Adel Baïbars, se sentó en su pabellón para recibir el homenaje de los combatiente por la fe. Ahora bien, Fajr El-Dîn seguía sin aparecer: sólo se había podido encontrar su caballo, abandonado en medio de la llanura. Este descubrimiento sumió en la más profunda aflicción a Sulaymân el Búfalo y a los *fidauis*, que le creían muerto como un mártir.

Próximo relato de “Paladín de doncellas”:

VII.10 - “La toma de Yaffa”